

KELLER, Gottfried: *Novelas de Zúrich*. Traducción y notas de Isabel Hernández. Alba Editorial, Barcelona, 2000. Colección Clásica, XXXIX. 390 pp.

KELLER, Gottfried: *Siete leyendas*. Traducción de Alfredo Cahn, revisada por Isabel Hernández, apéndice de Isabel Hernández. Espasa Calpe, Madrid, 2000. Biblioteca Clásica. 115 pp.

La importancia que la traducción tiene en la vida actual es incuestionable. La intervención mediadora de la actividad traslativa es fundamental en muchos procesos de intercambio y transmisión cultural. En el pasado, incluso, su influjo ha sido determinante en el surgimiento y desarrollo de nuevas literaturas. Gracias al reconocimiento explícito de esa importancia, la teoría y la metodología de la traducción han experimentado un singular desarrollo en las últimas décadas. Sus postulados han evolucionado desde un acercamiento formalista, centrado en la lengua, hacia los conceptos más amplios de contexto, situación histórica y convenciones literarias o culturales. El texto se sitúa ahora en el marco de una red de signos culturales y se considera que el proceso de traducción es una actividad transcultural que implica, al menos, dos culturas, dos lenguas, un universo abierto a múltiples interpretaciones y la particular intervención de un traductor. Se entiende así que la traducción, más que una actividad que se reduzca a descifrar o transcribir, es un amplio fenómeno de *producción* de sentido que abarca procesos de des-, re-y trans-codificación, determinados por las capacidades y conocimientos del traductor, la cultura en la que éste se inserta, la finalidad de la traducción y la especificidad de la situación comunicativa. De este modo se estima justificado conceptuar la traducción como una operación productiva, y no reproductiva, como una actividad original, y no secundaria. Traducir, en esta visión, configura una actividad creativa que deja su impronta y añade cualidades propias al texto fuente; es decir, traducir no es simplemente reproducir, sino escribir, es una forma de escritura productiva. En ese caso, en lugar de valorarse la labor traslativa desde un criterio lingüístico basado en la absolutidad y condición iso-

morfa de las lenguas, en la supuesta validez de la equivalencia unívoca, deberá exigirse del texto traducido un funcionamiento en su propia cultura semejante al que cumplía el texto fuente en la suya, o sea, deberá prestarse especial atención a la función relativa de ambos textos —original y traducido— en cada uno de sus contextos, al particular funcionamiento de los valores culturales, así como a la actividad constructiva de sentido que realiza el traductor desde su peculiar perspectiva.

Desde hace tiempo se viene realizando en nuestro país una intensa e interesante labor de traducción al castellano de obras pertenecientes a la literatura en lengua alemana. Esas traducciones cumplen una inestimable función de transmisión cultural y de divulgación literaria, y constituyen, por lo general, idóneos ejemplos de escritura creativa, resultado de una actividad de adaptación del texto fuente a la cultura receptora. Sirvan como muestra dos espléndidas traducciones aparecidas recientemente de dos obras del escritor suizo Gottfried Keller (1818-1890), tituladas *Novelas de Zúrich* y *Siete leyendas*.

La primera parte del ciclo que constituyen las *Novelas de Zúrich*, que se publican en castellano con numerosas notas aclaratorias en una espléndida y cuidada edición y en una esmerada traducción de Isabel Hernández, se componía de una historia marco y de las narraciones *Hadlaub*, *El loco de Manegg* y *El gobernador del Lago de Greifen*, y llevaba como título *El señor Jacques*. Se publicó por entregas en el *Deutscher Rundschau* entre noviembre de 1876 y abril de 1877. Posteriormente, para editarlas como libro, Keller eliminó el título original, lo sustituyó por el actual, y añadió dos nuevas novelas fuera del marco inicial: *El estandarte de los siete hombres justos* y *Úrsula*. El señor Jacques, un joven de Zúrich, tras constatar que «hoy en día no existen ya individuos primigenios, nadie original, sino tan sólo gente del montón y millares de personas moldeadas de igual manera», se dispone a acometer alguna importante empresa a fin de realizar su deseo inconsciente de llegar a ser un individuo original, o sea, de sobresalir por encima de la mediocridad de los que le rodean. Al objeto de contribuir a la formación del joven, su señor padrino le muestra a través de algunos ejemplos tomados de la historia de Suiza en qué se diferencia el auténtico original del falso, y le habla de la autenticidad y la falsedad de los hombres. Pues «¡un buen original es únicamente quien merece imitación! ¡Sólo es digno de ser imitado quien lleva a buen término aquello que emprende, y allí donde se encuentra realiza algo excelente, aunque no sea nada inaudito ni archioriginal!». Le presenta así el mundo de los trovadores medievales, recrea el ambiente refinado de los palacios de la época de la Ilustración y le describe la destrucción provocada por las guerras de religión en tiempos de la Reforma. Es la suerte, pero también la desgracia de unos individuos originales. En definitiva, es la historia de la Confederación Helvética. En la narración *El gobernador del Lago de Greifen*, el gobernador, un empedernido solterón que sentía «una auténtica nostalgia de ver de repente juntas a todas las mujeres, buenas y agradables, que en alguna ocasión le habían gustado, y pasar un día con ellas», reúne en una cena a las cinco mujeres que amó y perdió, algunas de ellas ya casadas. La acción de *El estandarte de los siete hombres justos* se desarrolla tras la introducción de la nueva Constitución federal de 1848 y muestra la educación de un joven en el espíritu del servicio a la comunidad y su inclusión en

una tradición política. Los siete hombres justos constituyen un círculo de siete viejos amigos, todos maestros artesanos, «amantes de su patria, políticos rematados y rigurosos tiranos en su casa», que en su juventud fueron liberales y con la edad se han hecho conservadores. Ahora, en 1849, incluso no consenten la relación entre Karl, hijo del maestro sastre, y Hermine, hija del ebanista, aunque éstos, finalmente, tras la superación de la estrechez mental de sus padres, logran ser felices en su amor. Finalmente, en *Úrsula*, la última narración del ciclo, una joven enloquece debido al fanatismo de sus padres y el soldado que la ama se desespera en la duda.

La segunda obra que comentamos, *Siete leyendas*, es la menos conocida de Keller. Su traducción fue realizada hace ya años por Alfredo Cahn y ahora ha sido revisada por Isabel Hernández, quien también añade un apéndice. Publicada en 1872, estas leyendas pertenecen a la tradición cristiana y fueron escritas en la etapa de madurez de su autor, bajo la influencia de la filosofía de Feuerbach. En ellas se reflexiona sobre la validez de la religión y se plantea la inveterada dialéctica entre la afirmación de la vida terrenal y el goce de los placeres mundanos, por un lado, y la renuncia a los mismos, por otro. Tres de las leyendas tienen a la Virgen como protagonista: *La Virgen y el diablo*, *La Virgen se convierte en caballero* y *La Virgen y la monja*. Y otras tres nos conducen a los albores de la era cristiana, a Alejandría y a la ribera sur del Ponto Euxino: *Eugenia*; *Vitalis, el mal santo* y *El canastillo de flores de Dorotea*. La protagonista de *Eugenia* es una gentil joven romana, que, debido a su inclinación por las costumbres varoniles, «se vio acosada por graves complicaciones y por fin debió recurrir a la ayuda de su propio sexo para salvarse». La leyenda *Vitalis, el mal santo*, por su parte, presenta a un extraño monje llamado Vitalis que se impone como tarea principal enderezar el camino de mujeres perdidas, apartándolas del mal y conduciéndolas a la virtud. Pero el camino que Vitalis elige y la pasión con la que persigue su propósito, «iban unidos a un ascetismo y una hipocresía como acaso no se ha vuelto a ver en este mundo». En *El canastillo de flores de Dorotea*, Dorotea, hija de un patricio, es pretendida por Fabricio, el gobernador de la provincia de Capadocia. Mas, al ser éste un fanático perseguidor de los cristianos y por cuanto los padres de Dorotea simpatizaban con el cristianismo, éstos «se opusieron tenazmente a las aspiraciones del poderoso inquisidor». En la séptima leyenda, *La breve leyenda de la danza*, que al no tratarse de una historia de amor no evidencia una relación clara con el resto del conjunto, la alegría terrenal llega hasta el cielo a través de la bailarina Musa. El baile es aquí encarnación de los placeres terrenales. De este modo, esta leyenda, al igual que el resto del ciclo, no adopta una posición contraria a la vida y al mundo; incluso restituye la fundamental importancia de la naturalidad y de la sensualidad. En este sentido vemos cómo los santos muestran su auténtica cara humana: reafirman la vida y evitan alejarse ascéticamente del mundo.

En definitiva, estas excelentes traducciones, realizadas con esmero y rigor, y en un estilo claro y preciso, dan a conocer en nuestro ámbito cultural unas obras imprescindibles para comprender y valorar en su amplia complejidad la producción artística de unos de los escritores en lengua alemana más importantes del siglo XIX.

Manuel Maldonado Alemán